

# Pregón del Día de la Biblioteca

## 24 de octubre de 2002

A todas las personas que amamos los libros nos gustan las bibliotecas porque son el vehículo que los pone a nuestro alcance y reconocemos su mérito como pacíficas y silenciosas intermediarias entre los libros y los lectores.

¡Ah, las bibliotecas! Desde la de Alejandría, fundada por Tolomeo en el 306 A.C., que guardaba todo el saber del mundo antiguo, hasta la más modesta que funcione en el pueblo más pequeño, han sido siempre focos de cultura, lugares mágicos para atraer a los hombres al camino de la sabiduría y el mejor medio para enseñar a los pequeños lectores el mundo de sugerencias que es un libro abierto.

El tener que escribir este pregón para el Día de la Biblioteca me ha hecho investigar en el origen. De mi amor por ellas para comunicarlo a los demás, pues no todos hemos llegado a ese enamoramiento por el mismo camino.

Yo disfruté con la lectura desde que aprendí a leer. Es cierto que mi madre había abonado el terreno bastante bien, llenándome los días y las noches con cuentos, romances, leyendas, fábulas, historias de la zorra y el lobo... así que el paso de la literatura oral a la literatura escrita fue muy fácil. Inicié mi propia biblioteca con cuentos de la editorial Losada de Buenos Aires. Valía 1 peseta cada ejemplar (hablo de comienzos de los años 50) y, aparte de los que me compraban, yo invertía en ellos cada peseta que caía en mis manos, desdeñando las chokolatinas de Nestlé que costaban lo mismo y también me encantaban. Así vinieron a mi habitación *Caperucita*, *Pulgarcito*, *Barba Azul*, *Piel de Asno*, *La Sirenita*, *La Bella Durmiente*, *El soldadito de plomo* y muchos otros. Más adelante llegaron *Celia*, *Antoñita la fantástica* y *El Principito* y después Bécquer con sus *Rimas* y *Leyendas* y tras él, los libros que había en casa, no muchos, la verdad, pero mis padres leían y tuve a mi alcance novelas históricas como *El Señor de Bembibre* o *Ivanhoe*, las de Zane Grey, algunas de Blasco Ibáñez y una *Historia de España* en varios tomos de color verde que me encantaba. Y así hasta hoy, acumulando libros hasta el punto de que mi casa es más bien una biblioteca en un 9º piso y las estanterías cargadas con ellos están hasta en la cocina.

¿Por qué? Porque me atraían todas las bibliotecas: la de mi colegio, la de mi barrio, la Nacional... Disfrutaba con los libros que consultaba o que leía, y todo ese goce, todo ese conocimiento, lo quería tener siempre a mi alcance, sin horarios ni condiciones. Aún hoy, las bibliotecas que visito como lectora o como autora, pequeñas o grandes, siguen siendo algo mágico para mí, como cuando era pequeña.

Y es que realmente la lectura es algo mágico... Es mágico leer por gusto, porque sí, porque las palabras con que se urden las historias te reclaman. Porque un libro es el único lugar donde las cosas suceden por alguna razón, donde tienen sentido y porque no hay nada mejor que disfrutar esas horas escapadas de los relojes en las que todo es posible entre sus páginas.

Hasta las personas más imaginativas tenemos la vida reducida, anclada a nuestra propia realidad. Los libros nos hacen vivir lo que nunca viviremos. Llevar en la mano un par de libros, como el ratón de nuestra ilustración, nos hace vivir otra existencia fuera del tiempo y del espacio en que nos ha tocado estar.

Por eso, una biblioteca con miles de ejemplares, nos hace vivir miles de vidas, participar en miles de situaciones, viajar por miles de países y, sobre todo, nos da la posibilidad de gozar miles de horas teniendo delante sólo un horizonte de papel que nos descubre otros mundos con la magia de la palabra escrita permitiéndonos ser más felices.

Dijo Steinbeck una vez, una frase que no me gusta nada: "Por el grosor del polvo en los lomos de los libros de una biblioteca pública, puede medirse la cultura de un pueblo". Tal vez el novelista estadounidense lo dijera con cinismo. O con razón; no lo sé. Pero yo prefiero creer que nuestras bibliotecas soportan perfectamente la prueba del algodón, porque no dejamos que el polvo se amontone en sus ejemplares, porque son centros vivos de encuentro con los libros amigos, lugares maravillosos donde se anima a leer, a descubrir, a compartir las mágicas ofertas que tenemos esperándonos en los anaqueles.

Que así sea por siempre. ☑



Ana María Romero Yebra